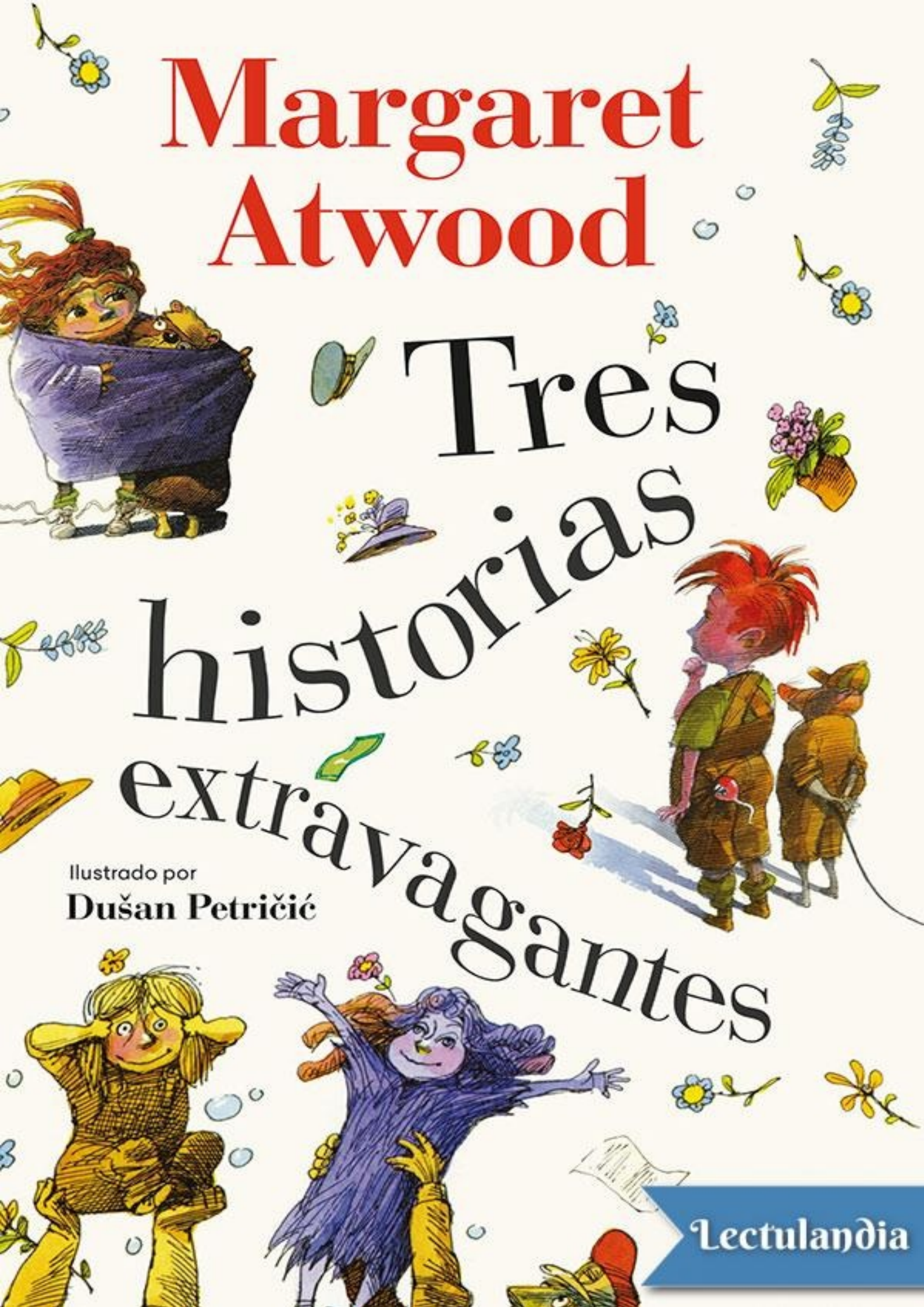
Margaret Atwood

Tres historias extravagantes

Ilustrado por
Dušan Petričić



Lectulandia

Juegos de palabras y aventuras imposibles plagan estos tres ingeniosos cuentos de Margaret Atwood, ilustrados por Dušan Petričić. Los lectores quedarán cautivados con Ramsey, Bob y Vera y las increíbles hazañas que logran llevar a cabo.

El primer relato habla de Vera, una niña vagabunda que tiene un amigo marmota llamado Valentín, junto al que es secuestrada por la Viuda Verruga, que los explota y los pone a trabajar en una lavandería. El segundo se centra en Bob el Vergonzoso y la Desdichada Dorinda, y en él se nos habla de la orfandad y de cómo salir adelante. Y, por último, el cuento *Ramsay el rebelde y los Rabanitos Rugientes*, que presenta a un niño que vive con unos familiares que le obligan a comer raciones repugnantes, y que por eso decide ir al campo en busca de rábanos rojos.

Las ingeniosas historias de esta experta narradora de cuentos divertirán a lectores de todas las edades mientras se les traba la lengua con tantas aliteraciones.

Una joya para todas las edades de la aclamada autora de *El cuento de la criada*.

Margaret Atwood

Tres historias extravagantes

ePub r1.0
Titivillus 03.09.2021

Título original: *A Trio of Tolerable Tales*
Margaret Atwood, 2016
Traducción: Marcelo E. Mazzanti

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

VERA
LA VAGABUNDA

A Madelaine y Rowan.
M. A.

A mis inquietos nietos.
D. P.

Vera era una niña vivaz de cabellos volubles y verdes ojos. Al venir a la vida, a sus valientes y bondadosos padres se los llevó volando un violento vendaval.

Voluntariosa, Vera viajó aquí y viajó allá. Llevaba un viejo vestido muy voluminoso y cavilaba sobre si volvería a verlos.

«Volved, volved, volando en avión o navegando en velero», se desvivía.

Un día vislumbró en la vía un aviso que decía SE VUSCA (nadie lo había revisado y había varias barbaridades). Vera vio:

—Vaya —aventuró Vera—. ¿Vendavales? ¿Ventoleras?

A veces, si le entraba hambre, Vera revolvía en la basura de un bar que vendía verduras y víveres en estado vomitivo y vertían en un cubo las sobras. Ella las devoraba sin vergüenza.

Una vez, a la vuelta del bar, Vera se volvió al percibir una voz débil y vacilante.

—Una verdurita, por voluntad.

—¿Eres un tejón, por ventura? —vaticinó Vera.

—Qué va. Soy una marmota verdadera.

—¡Pero si las marmotas comen madera!

—Esas verduras son igual de duras.

Vera le dio una vulgar endivia babeada.

—¡Vaya! —vaciló la marmota—. Bueno, las he visto más viles.

—Vámonos —bramó Vera, y se desvanecieron en las sombras, cabizbajas. Convinieron conversar en voz baja para evitar que los del bar las vieran y buscaran venderles las sobras vomitivas que habían vertido en el cubo de basura.

—¿Por qué has venido a este pueblo en vez de vivir en el bosque? —buscó saber Vera.

—En el bosque había víboras y lobos. Era verdaderamente bestial. Quise ver qué vida había más allá y me vine, pero he visto que aquí en el pueblo abundan los buitres, los vampiros, los vendedores y bastantes bestias más. Varias veces me he visto en apuros.

—Eres bonito y valeroso —dijo Vera mientras vagaban por barrios vandalizados, entre bolsas de basura avivadas por el viento—. Voy a llamarte Valentín.

—Vale, vale —vociferó la marmota, saltando al interior del viejo y voluminoso abrigo de Vera.

Era viernes cuando Vera y Valentín vagaban voluntariosos por la vía y avistaron el vagón de una carreta tirada por varios caballos veloces. En un lado se veía biselado con verbo verde muy vivo y cursivo:

Vieron que los observaba una vieja con una nariz voluminosa, un ojo vago de vista vacía, varias verrugas no muy bonitas y cejas de vetusto líder soviético. Vestía un abrigo abultado a prueba de bomba y botas de lluvia rellenas con viejas vendas y virutas de papel de envolver. En una mano venosa llevaba un látigo de vértigo.

—¿Por qué vagas cabizbaja por entre los cubos de basura? —berreó la viuda Verruga.

—A mis valientes y bondadosos padres se los llevó volando un violento vendaval —la informó Vera. En el interior de su voluminoso abrigo, Valentín observaba ojo avizor.

—¡Una vagabunda! ¡Pues aviada vas! ¡Ven con la viuda Verruga! —rebufó la vieja, y la subió al vagón sin que Vera pudiera decirle: «¡Ni hablar!».

La viuda Verruga embutió a Vera en una banasta, y con su látigo de vértigo avivó a los caballos, que avanzaron a toda velocidad.

—¡Vuelva! ¡Vuelva! —bramó Vera, pero la viuda Verruga no vaciló—. Valentín, ¿qué vamos a hacer? —dijo en voz baja.

—He vivido peores vicisitudes —bisbiseó Valentín, sobrado.

Vera observó por un agujero de la banasta. Abandonaron la vía, el barrio y el vecindario, y ahora vagaban por un bosque donde los vientos bramaban y los lobos los imitaban. Se aventuraron por un verdadero vergel de violetas y verónicas y aroma a vainilla.

Por fin, atravesaron una verja y avanzaron veloces por una vía sobre la que era visible: «Viuda Verruga y su lavandería *vintage*. Lava y lava, más blanco que el blanco».

—¡BASTA! —bramó la viuda Verruga, y los caballos, reventados, se detuvieron—. Bienvenida a mi lavandería *vintage*, Vera.

Y la lanzó por un tobogán por el que Vera bajó a velocidad vertiginosa. Al fin se vio cubierta de agua enjabonada en una habitación desvencijada con una sola ventanita.

—¡Vaya con la vieja! —bramó Vera.

—Vaya, vaya —corroboró Valentín, a quien Verruga no había visto porque se ocultaba en el interior del voluminoso abrigo de Vera.

—Valentín, estoy bien agobiada. No vaticino nada bueno para nuestro bienestar. —Pero Valentín, abrumado, no la escuchaba.

Mientras Vera se lamentaba y desvivía bajo la ventanita, el viento soplaba y la Luna brillaba. Se vio vencida por el sueño y no pudo conservar la vigilia.

Cuando volvió a abrir los ojos, la avivó el barullo de las aves del bosque y el vergel tras la verja. Se encontraba abrumada.

—¿Dónde estoy? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy?

—De lo demás tú verás, pero estás en la lavandería *vintage* de la vieja Verruga. —Vio que varias voces la avisaban.

¡Vaya sobresalto! Resultaba que la vieja habitación no estaba tan vacía.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿De qué vais? —preguntó a los tres niños que la observaban vacilantes.

—Somos Vernon, Virgil y Victor, vagabundos —vociferaron a la vez y a una voz.

Vera, boquiabierta, oyó que a los padres valientes y bondadosos de los tres se los había llevado volando un violento vendaval, y que la vieja Verruga los había volcado en su tobogán vertiginoso.

—Vaya con la vieja —volvió a bramar Vera.

La puerta se abrió con revuelo, y allí estaba la viuda Verruga, alzando al vuelo su látigo en dibujos vertiginosos.

—¡Basta de berrear, vulgares vagabundos, y a trabajar! —vociferó.

—No te muevas —avisó Vera al bulto que se agitaba en el bolsillo de su voluminoso abrigo. La marmota evitó los movimientos bruscos.

Vera vio que en las paredes había vistosos dibujos de avispas, vacas, aves, víboras y venados. La vieja les sirvió varias viandas robadas del vertedero, como vejiga de vencejo, varitas de gaviota, bananas con puré de verduras, babosa invertebrada en vinagre, y un buen vaso de un brebaje verdoso con sabor a las violetas del vergel y vestigios de vainilla.

Ni bien acabaron, la vieja Verruga los obligó a trabajar y trabajar lavando vestidos y bufandas y abrigos reversibles y levitas en las voluminosas bañeras de agua jabonosa de la lavandería *vintage*. No paraban hasta que el agua los calaba y caían reventados de lavar y lavar más blanco que el blanco, y entonces debían ir a verter barriles de agua jabonosa y volver a buscar agua limpia, doblar los vestidos para hacerlos agradables a la vista y devolverlos a sus bolsas vacías. Era brutal.

—¡Trabajad, vagos! —bramaba la vieja Verruga, que a veces asomaba el látigo al vuelo por la ventanita—. ¡Dejad los blancos más blancos que el blanco u os daré un varapalo! —Y les daba con una vara y un bastón en los brazos mientras ellos lloraban y lloraban. Vera acababa verdaderamente vapuleada.

De noche volvían a recibir víveres y viandas de bajo valor nutritivo, y de nuevo a la habitación desvencijada con la ventanita, y vuelta a empezar.

—Es una vieja vacaburra —berreó Vernon.

—Una víbora —abundó Virgil—. ¡Voto a bríos!

—¿Será una vampira? —vaciló Victor, que vomitaba bilis.

—Vale, vale, pero lávate bien la boca —volvió Virgil.

—Bueno. —Victor babeó avergonzado.

—Es vil y avariciosa —Vernon vilipendió a la vieja—. Y avara: tiene una verdadera fortuna en billetes y bonos del Estado. ¡A ver!, como no abona sueldos… Nos envenena a base de varitas de babosa invertebrada, nos conserva reventados y debilitados de alivio, y ella devora vieiras y caviar en valiosa vajilla de Sèvres, servidos con buenos vinos de uvas variopintas.

—¡Esas verduras vencidas suyas que nos da sí que son *vintage*! —Virgil avivó la invectiva—. Nunca vamos a volver a la civilización, al pueblo, al barrio. Habría que atravesar la verja, el vergel y el bosque atiborrado de lobos salvajes.

—Barrunto que en verdad no es una vulgar vieja. ¡Es una bruja! —caviló Vera.

—Vas por buena vía. —Valentín, la marmota, asomó la cabeza por el bolsillo del voluminoso abrigo de Vera, tenía los bigotes cubiertos de polvo (Valentín, no Vera).

—¡Valentín! —se asombró Vera—. ¡Has vuelto! ¿Con qué has estado bregando? ¿Qué es de tu vida?

Valentín abrió la boca y mostró bien los incisivos.

—Si en una cosa somos virgueras las marmotas es en cavar.

—¿Has cavado un buen túnel para huir a toda velocidad? ¡Qué buena nueva! —se maravilló Vera.

—La verdad, he visto nuevas mucho más buenas —reveló Valentín.

—¡Marmota valerosa, bienvenida! —convinieron a la vez Vernon, Virgil y Victor.

—La verdad —dijo Valentín—, esta lavandería *vintage* no me convencía. Y la vieja Verruga es una babosa.

Antes de salir volando, los vagabundos trabaron la puerta con una vara que Valentín había roído; así, la vieja Verruga no vería que no estaban. O eso esperaban.

Se abrieron paso bajo tierra por el hoyo cavado por Valentín en el barro, hasta acabar bajo la verja, al otro lado.

—¡VIVA! —vitoreó Victor cuando la hubo atravesado.

—Vigilemos por si las viejas —avisó Virgil.

—Si vemos el vagón, debemos robarlo —caviló Victor, que bebía los vientos por los caballos.

—Y si yo tuviese alas volaría —valoró Vernon.

—Si yo tuviese un avión, también volaría —convino Virgil.

—Si yo tuviese una bazuca, lo volaría todo —aventuró Vera.

—Qué bestia —rio Valentín.

Se abrieron paso por entre el barro del vergel, pero al alcanzar un árbol vieron dos eventos notables.

La viuda Verruga pasó en su vagón, avivando a los caballos, que casi volaban de tan veloces que iban.

Y los lobos salvajes vinieron del bosque.

—¡Pero bueno! —bramó Vernon, al borde del llanto—. Ya barruntaba yo que estamos acabados.

—Voy a hablar con los lobos —dijo Valentín—. Son salvajes pero sabios y valoran la libertad.

—Y se ventilan a las marmotas en un abrir y cerrar de boca —le avisó Victor.

—No si al hablarles usas su palabra clave. He vivido en el bosque y los he vigilado. Sus aullidos, llevados por el viento, volaban por entre el aire viciado y acababan en mis oídos avizores.

Y así, Valentín fue a hablar, valeroso, con el lobo más viejo y sabio, que movió el bigote, conmovido.

—La viuda Verruga no es buena —valoró—. La verdad, hay quienes darían la vida por verla en la tumba. Nos vino a vender que le abriéramos paso en el bosque a cambio de sabrosas viandas como caviar del Caspio y vino del bueno, pero no ha validado sus bravatas. ¡Y cómo abusa de los vagabundos! No tiene vergüenza. La abatiremos a bofetadas.

Pero el vagón desbocado los había alcanzado.

—¡A un lado, lobos volubles! —bramó la viuda Verruga. Los caballos bufaban, reventados—. ¡Y vosotros, vagabundos, al vagón u os vareo! ¡No os conviene desobedecer!

Los lobos se volvieron hacia el vagón y se percibió un violento revuelo. Se abalanzaron salivando sobre la vieja y la sostuvieron por los brazos. Ella blandió su látigo, se liberó y corrió hacia la verja con los lobos a su vera, aullando a todo volumen. Una vez la alcanzaron, por suerte poco vieron los vagabundos de la brutal venganza de los lobos salvajes.

Apenas que su abrigo abultado se abría y sus botas de lluvia salían volando y… por fin, la vieja quedó como vino al mundo, y Vera, boquiabierta, vio que no era una viuda, ni siquiera una vieja: ¡la viuda Verruga era un hombre!, lleno de vello abundante y varonil.

—Vaya, vaya —observó el lobo más viejo, que había visto el aviso de SE VUSCA—. ¡Si es el brujo Birujo, dueño de la vil varita del viento, causa de vendavales y ventoleras, vestido de vieja lavandera como un cobarde! ¡El brujo avejentado que una vez hizo que el viento nos volara los bisoñés!

—Avejentado, sí, pero a veces peligroso —se avanzó el brujo, aunque avergonzado por haber quedado al descubierto (en varios sentidos).

—Sí, bueno, ya ves qué miedo —se burló el lobo viejo—. Vigilad con el látigo, en verdad es su varita —avisó a los valientes vagabundos, y volvió a Birujo—. Se ve que en vez de caviar del Caspio y vino del bueno, hemos obtenido bistecs de brujo —bromeó, babeando.

—¡Vale ya! —bramó el brujo Birujo—. ¡Ved qué invitación más ventajosa, ventajosa y vinculante! ¡Devorad a esos desvergonzados vagabundos y a la malvada marmota y os obsequiaré con viandas como nunca habéis visto o saboreado! ¡Vaca! ¡Vicuñas! ¡Bivalvos!

—O te devoramos a ti —le devolvió el lobo viejo—. Como vosotros veáis —avisó a los vagabundos—. Obedeceremos vuestra voluntad.

—¡Nuestro verdadero deseo es ver de nuevo a nuestros sabios y bondadosos padres, desvanecidos por este brujo en diversos vendavales! —

vociferó Vera—. ¡Nos volvió vagabundos para obligarnos a trabajar en su lavandería *vintage* toda la vida!

—Ya basta de vareos y vapuleos —convino Vernon.

—Y basta de lavar y lavar —abundó Virgil.

—Y liberad a los caballitos del vagón —abogó Victor.

—¿Y bien? —bramó el lobo viejo al brujo Birujo—. ¿Haces volver los vendavales o te hacemos una lobo-tomía?

El brujo supo ver que lo habían vencido. Hizo vibrar su látigo que en verdad era una varita, lo alzó en volandas y le dio vueltas y vueltas en el vacío…

… hasta que entre volutas de nubes y vientos revueltos volvieron a revelarse los individuos varios que se habían desvanecido.

—¡Vera! ¡Vernon! ¡Victor! ¡Virgil! —balaron, conmovidos.

—¡BIEEEN! ¡BRAVO, BRAVO! —celebraron los vagabundos.

—Valentín, eres voluptuoso y salvavidas. —Vera abrazó a la veleidosa marmota. Los caballos vitorearon y los lobos hicieron varias volteretas.

—Bien está lo que bien acaba —valoró el lobo viejo.

—He visto celebraciones más vistosas —balbució Valentín.

—Bueno, volvamos a nuestras vidas de antes del vendaval —invitaron las sabias y valientes madres de los previamente vagabundos—. Nos ventilaremos varios volovanes de avellana.

—Servidos con un buen vino —bisbisearon los padres.

Los lobos celebraron el evento devorando todas las viandas del brujo Birujo.

Los caballitos se fueron a vivir con Victor.

Valentín visita a Vera cada viernes en la ventana de su habitación. Ha hecho buenas migas con la madre de Vera, que le ha obsequiado con un abrigo viejo pero también voluminoso.

Al brujo Birujo los lobos le arrebataron la varita y la abandonaron en el vergel, entre las violetas y las verónicas. Lo obligaron a volver a la lavandería *vintage* de la viuda Verruga…

… donde hubo de vivir y laborar entre barriles y baldes de agua jabonosa mientras lavaba incansable más blanco que el blanco.

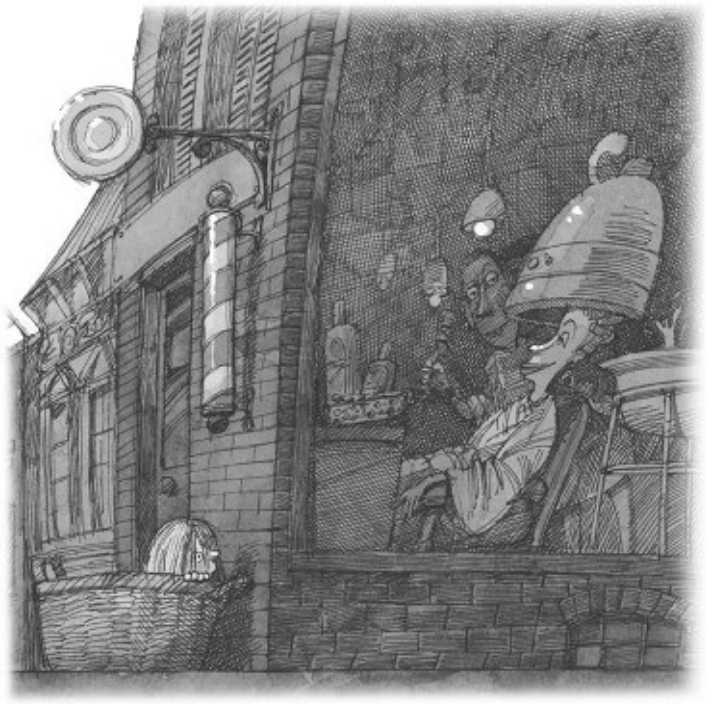
BOB EL VERGONZOSO

Y LA

DESDICHADA DORINDA

A Rowan.
M. A.

A Rastko, mi nieto.
D. P.



Bob fue abandonado de bebé ante una *boutique* de belleza. Su avispada madre era morena pero se había vuelto rubia en la *boutique*, y estuvo tan embobada por su vibrante brillantez que borró a Bob de la cabeza. Cuando le volvió a la memoria publicó un boletín de aviso («Se busca bebé. Avise si lo ve»), pero en balde: nadie lo había visto.

Bob lloró hasta volverse verde de arriba abajo, pero no vino nadie a buscarlo.

Al lado de la *boutique* de belleza había un descampado vacío y abandonado lleno de arbustos, violetas y bancos. En él vivían muchos perros, que jugaban a rebotar balones y escarbaban en el barro. Un bóxer, un beagle y un borzoi oyeron los berridos de Bob.

—¿Es un caballo? —aventuró el boxer, que no paraba de hablar.

—No, es un bípedo —bromeó el beagle—. Será un búho.

—¡No es un búho, es un bebé! ¡No está bien abandonarlos! —balbució el borzoi—. ¡Seamos benevolentes!

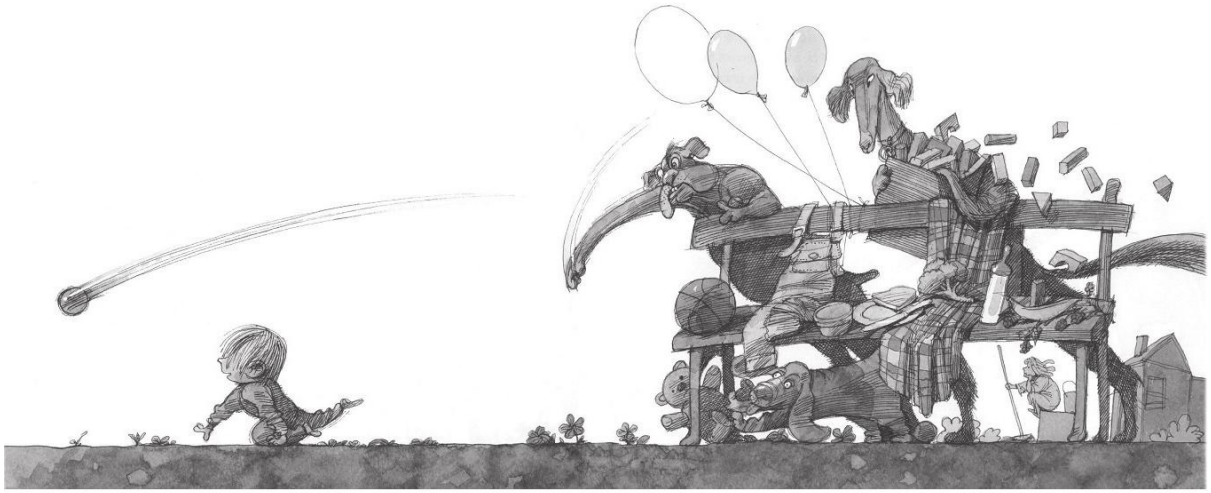
El bóxer, el beagle y el borzoi rebuscaron víveres y viandas en la basura. Llevaron al bebé biberones, botellas, baberos, botitas y ropa de abrigo. Y así vivieron, y Bob fue evolucionando, mientras seguían sirviéndole bananas, uvas, garbanzos de bote y verduras y brócoli (con el brócoli a Bob le venían ganas de vomitar).

Bob y los perros abandonados se volvieron buenos amigos. En las plantas bajas de las viviendas buscaron balones, bolas de bádminton, pantalones

vaqueros y libros, y también bollos, bananas y verdes berenjenas. Bombardeado por tan abundantes botines, Bob creció sin barreras.

Pero Bob también era muy vergonzoso. No se creía bebé sino un verdadero perro. Ladraba y ladraba cuando lo importunaban. No podía ver a barberos, vendedores o vinateros mientras buscaba bocadillos bajo los arbustos; les daba violentos bocados al verlos venir.

—Bob es un bebé —abogó el borzoi—. No debe vivir aquí.



—Vigilaremos que no vuelva —vaticinó el bóxer.

—Pues bueno —vociferó el beagle.

Pero los tres canes vacilaron. En verdad no sabían cómo bregar con el bebé.

Cerca de Bob vivía la desdichada Dorinda. Sus dos padres habían desaparecido en un deleznable desastre cuando ella tenía dos meses y doce días, y la dieron a familiares distantes.

Dorinda era adorable, dicharachera y con una gracia desbordante. Pero, aunque sus familiares distantes nadaban en dinero y divisas y derrochaban en diamantes, eran sin duda despreciables. No dedicaban ni un duro a Dorinda.

—Dorinda es idiota —declararon—. Es distraída y descontrolada y no tiene nada en el tejado. ¡Desdichada Dorinda!

De vestir le daban prendas descartadas. Dormía al descubierto con un edredón, rodeada de desechos que daban diferentes enfermedades como la difteria. Durante todo el día le daba al mocho, desinfectaba sin descanso, y después debía dispensar daiquiris en una destartalada discoteca. Comía dónuts deformes, desagradables dados de dorada pasados, dátiles deplorables y mandarinas descartadas, deficientes en vitamina D. Era un desastre.

Dorina estaba deprimida.

—¡Malditos deberes! —desesperaba—. ¡Detesto a mis familiares distantes! ¡No me cuidan adecuadamente! ¡Debo disponer de una educación decente!

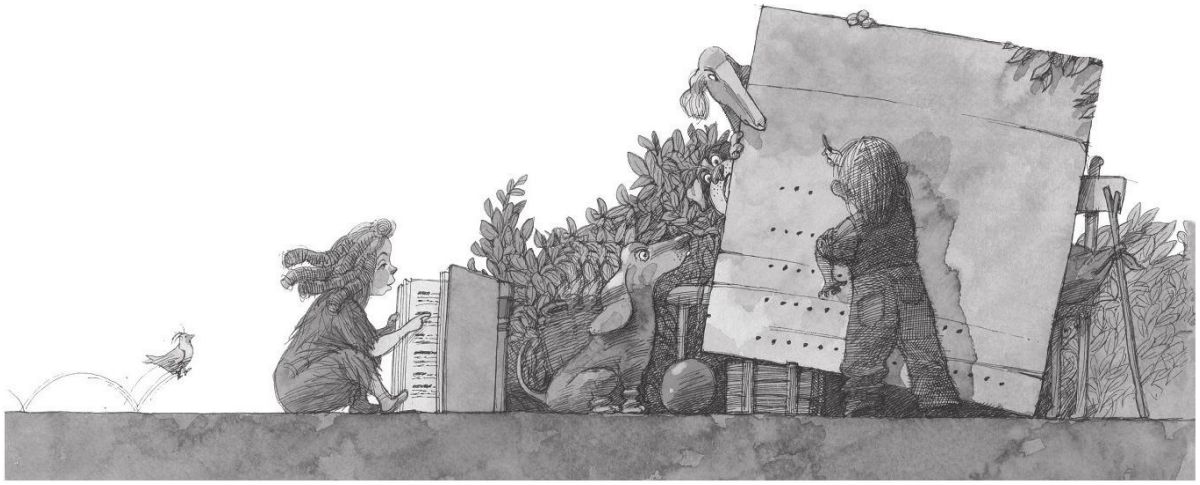
Un desolado día de diciembre, Dorinda lo dejó todo. Guardó dos dónuts deplorables, doce mandarinas descartadas y diversos desinfectantes en un fardo descolorido.

—¡Desafío a la duda! —declaró—. ¡El destino, por dramático que sea, no me derrotará! ¡Desprecio la desesperación!

Dorinda la Desdichada andaba bajo el diluvio con su fardo descolorido, y al dar con el descampado de Bob el Vergonzoso oyó un berrido y vio que dos brillantes ojos la observaban bajo un arbusto. No se trataba de un perro; más bien era un bebé.

—Estoy desahuciada —le dijo Dorinda—. ¿Me dejas dormir en tu domicilio? —No estaba del todo decidida: un bebé que berrea podía darle un bocado… pero estaba empapada y no le importó nada.

Bob berreó de nuevo.



Dorinda decidió dedicarse a educar a Bob y darle lecciones de dicción y declamación. El bóxer, el beagle y el borzoi, de acuerdo, dieron su bendición. Volvieron a la librería y birlaron un diccionario para Dorinda y Bob. Los dos le dedicaron días y días. A veces Bob quedaba descorazonado, pero pronto pasó de menos a más difícil: de «dar» y «dado» y «bar» y «ver» a «dirigible» y «balístico».

—¡Cómo avanza Bob! —bramó el bóxer.

Bob estaba embelesado.

En el jardín botánico de al lado había un búfalo, colocado por un

burócrata bobalicón que abusaba de sus privilegios.

Un día el búfalo destrozó una barrera en el jardín botánico de al lado y visitó el descampado.

—¡Vaya, vaya, un visitante! ¿Será un búfalo o un bisonte? —se maravillaron los barberos, los vendedores y los vinateros que vinieron a toda velocidad a verlo.

El búfalo levantó volutas de polvo, destrozó dalias y centros de día entre los bocinazos de los vehículos y los abucheos de los vecinos.

—¡Bob! ¡Bob! ¡Debemos decir algo! —alegó Dorinda.

—Los búfalos no me van —observó Bob—. Son violentos y desbocados. Y si lo ven, los barberos, vendedores y vinateros me verán a mí también. Soy vergonzoso y prefiero vivir al abrigo de los arbustos sin ser observado.

—¡Basta de vergüenza! —declaró Dorinda—. ¡Démonos al deber!

Dorinda distrajo al búfalo con sus danzas y sus desinfectantes. También Bob fue valiente: se abalanzó sobre el búfalo y le berreó hasta que este bramó: «¡Basta!».

—Abrevia las bravatas, búfalo, y no desconfíes; no te dejaremos de lado ni te decepcionaremos —le dijeron al búfalo el bóxer, el beagle y el borzoi—. Sabemos que tu dolor se debe a un burócrata bobalicón que abusó de sus privilegios.

El búfalo, bilingüe, vio que las bestias venían con buena intención y se volvió benigno y bonachón. Tras devorar unos dátiles duros y dos dónuts deplorables, se despidió y se dirigió a Dallas, de donde había venido.

—Ya no eres Bob el Vergonzoso —declaró Dorinda—. ¡Desde ahora eres Bob el Valiente!

—Y tú ya no eres Dorinda la Desdichada sino Dorinda la Decidida —dijo Bob.

—Veremos nuestros bustos en la televisión —vaticinó el bóxer, atrevido.

Y, bueno, así sucedió.

Después, los padres desaparecidos de Dorinda, de vuelta del dichoso desastre que los distrajo durante docenas de días, la vieron en los diarios digitales y la distinguieron por su desbordante gracia.

Los desmanes de los deplorables familiares distantes de Dorinda quedaron al descubierto. Huyeron disfrazados y dedicaron sus días a desplazarse de uno a otro lado con identidades inventadas.

Y la avispada madre de Bob, que abandonó el cabello rubio y lamentaba sus veleidades en la *boutique* de belleza, vio la biografía de su hijo en un vídeo viral.

—¡Tiene que ser Bob, mi bebé! —balbució avergonzada, y pidió a Bob que la absolviera de haberlo abandonado. El padre de Bob se quedó también aliviado después del disgusto de su desaparición.

Juntos, los cuatro padres compraron un bungaló lleno de balcones, una sala de estar donde se dedicaban a descubrir delicias, y un verdadero jardín trasero donde darse al descanso y al baloncesto, y donde Bob podía volver al abrigo de los arbustos cuando de vez en cuando le daba la vergüenza.

Y así, tanto Bob el Valiente y Dorinda la Decidida, como sus padres y sus benefactores el bóxer, el beagle y el borzoi, vivieron en el bungaló, delirantes

de dicha.

Ramsay
el Rebelde
y los Rabanitos
Rugientes

A Madelaine y Rowan.
M. A.

A mis inquietos nietos.
D. P.

Ramsay el Rebelde residía en una residencia rectangular reformada, con un reducido recibidor y remates en relieve. En un rincón del ruinoso terreno corría una rampa.

Con Ramsay el Rebelde, que era pelirrojo, residía su repugnante familia, Ron, Rollo y Ruby. Eran rotundos y robustos, y cuando no estaban remojándose en ron se relajaban en sus sillones reclinables, recordando risueños y sin reposo los grandes ritmos del *reggae* y el *rock and roll*.

Mientras Ron repasaba los resultados del *rugby*, Ruby y Rollo hacían el rancho: rustían remolachas, repollos y rinocerontes, rebozaban reptiles con el rallador, refrigeraban ruibarbos y requemaban raviolis en rodajas y restos de reno en el asador. Las remolachas quedaban razonables, pero los raviolis estaban reblandecidos y el rinoceronte retaba a la razón. Los reptiles daban risa, el ruibarbo daba rabia y el reno provocaba ronquera.

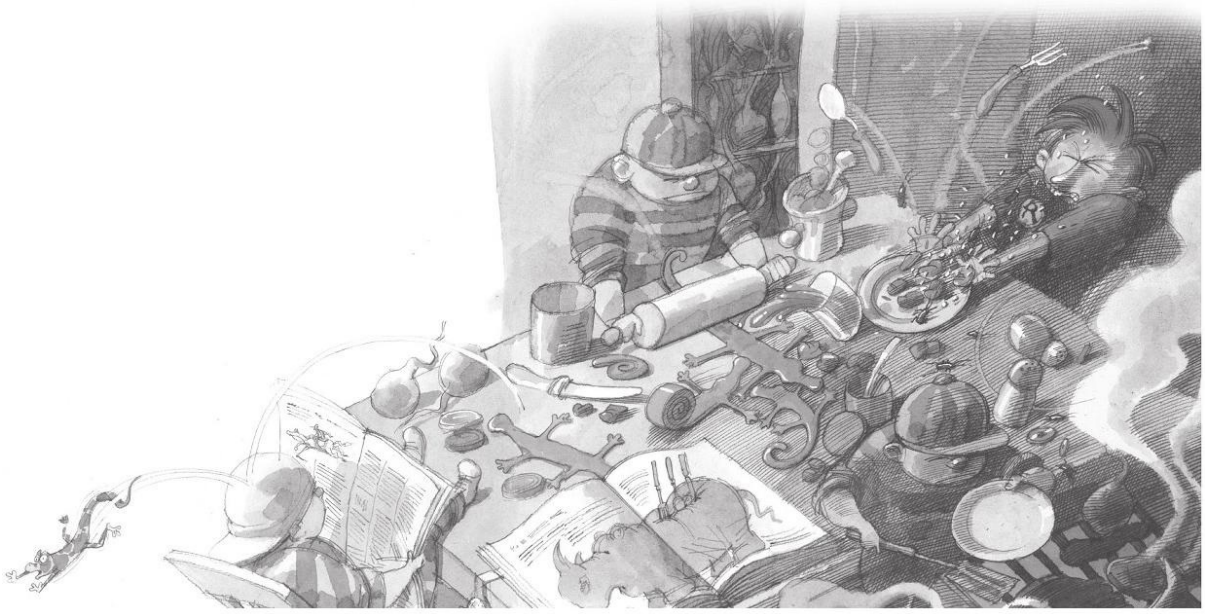
Cada viernes, Ramsay el Rebelde se rebelaba.

—Esta ración es repugnante —reportó una tarde—. El repollo tiene un ratón dentro, los rábanos están rancios y el reno roza el ridículo. ¡Voy a regurgitarlos!

—¡Ramsay, horroroso pelirrojo rijoso! ¡Qué ruin! ¡Retíralo! —rabiaron sin razón Ron, Rollo y Ruby—. ¡Rómpete una rótula y piérdete!

—¡No me arrepiento! —replicó Ramsay.

Resentidos, los tres repugnantes familiares corrieron tras Ramsay y le lanzaron reglas, herramientas, relojes despertadores y radios, que le rebotaron ruidosamente en el trasero. Pero Ramsay corría muy rápido, y corrió hasta el recibidor y saltó por la rampa hasta que sus robustos y rotundos familiares perdieron la respiración y rogaron descansar.



La refriega fue observada por gran número de zorros, raposas, ruiseñores y rudos cuervos ruidosos, todos ellos residentes en la rampa de la residencia y que oyeron la carrera radiada mientras graznaban «¡Raaarg!, ¡raaarg!» rabiosos.

El único amigo de Ramsay era Ralph, la rata de morro rojo, un rubicundo roedor. Mientras Ramsay se reclinaba contra un contenedor repleto de restos y residuos, Ralph rebuscó por entre los raviolis reblandecidos, los rábanos rancios y el repollo con ratón, y afirmó:

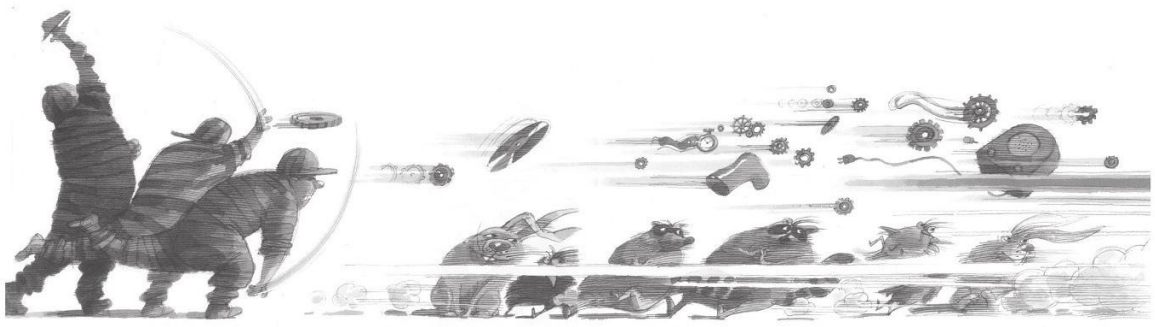
—¡Qué rastreras somos las ratas! ¡Mira que rebuscar entre restos de reno repugnante!

—Refunfuña por ti, rata —replicó Ramsay, ruborizado—. Yo estoy realmente hambriento de tanto correr y correr en redondo. Y me resiento de tener que comer esas recetas roñosas. Soy menos robusto que mis repugnantes familiares y me tratan con rencor. ¡Qué rabia!

—Mejor que corras al otro lado de la rampa —reflexionó uno de los ruidosos ruiseñores—. Reconsidera tu residencia. Renueva tu relación con el entorno. ¡Resultará refrescante!

—Sé realista —rezongó Ramsay—. La rampa es un riesgo. Es ridículamente recta y está repleta de rocas.

—Recuerdo una ratonera recóndita y redondita —rememoró Ralph, la rata de morro rojo, mientras se repeinaba sus rastas grasientas—. Atraviesa la rampa y compruébalo.



—Es un riesgo —reconoció Ramsay—. Si nos rebelamos nos harán recular, y si reclamamos nos causarán la muerte. Nos saldrán arrugas y *rigor mortis*. Soy reacio.

—¡Recupera la rebeldía! —respondió rotundamente Ralph—. ¡Rompe con las restricciones! ¡Riñe con razón!

Por fin, resolvieron atreverse con la arriesgada ratonera, que estaba repleta de remaches herrumbrosos, trastos diversos, restos de otras ratoneras y riachuelos de detritus del resto de roedores de la rampa. Ralph, arriesgado, corrió, pero Ramsay se vio reducido a arrastrarse por entre estrechos matorrales, rasgándose la ropa contra las piedras y las rocas, rompiéndose las deportivas y rascándose las garras. Por fin, como recompensa, un rayo de luz alumbró la entrada de la ratonera.

Ramsay emergió a un reino resplandeciente. Reconoció un jardín tamaño rancho con un río que ronroneaba y en el que una barca se recostaba tranquila. El aroma de rosas enriquecía la fresca brisa, y matorrales de frambuesas reposaban en arregladas hileras.

Ramsay recorrió las hileras de frambuesas y, hambriento, las recogió y royó sin reparo. Ralph revisó el terreno en busca de ruibarbos y ricos tubérculos.

—¡Rabanitos! ¡Rabanitos! —informó raudo.

—¡Qué ricos! —respondió Ramsay. A tres metros había una hilera tras otra de rabanitos rojos, listos para roer, masticar y tragar. Ramsay raramente había disfrutado de rabanitos rojos. ¡Qué manjar más majo!

Ramsay arrancó un rabanito y lo observó. ¡Qué rojo! ¡Qué redondo! ¡Qué crujiente!

Pero el rabanito arrancó a rugir:

—¡Ladrones! ¡Criminales! ¡Reponed el rabanito!

Ramsay reculó.

—¡Es un rabanito rugiente! —razonó—. ¡Y tiene la rabia! ¡Acaba de morderme!

Los rabanitos rodearon a Ramsay, que dio cuatro pasos atrás. En la región retumbaban los rugidos del grupo.

—¡Es la repera! —se recriminó Ralph mientras un rábano rabioso lo arreaba. Sus garras de rata le temblaban de terror—. ¡Retirémonos!

Corrieron rápidamente hacia la ratonera de la rampa. Los rabanitos corrían tras ellos y rugían como órganos.

De repente repararon en una niña con trenzas y rizos rojos y un abrigo arrugado. Llevaba en el brazo un receptáculo para rosas y fresas.

—¿Por qué me robáis mis rabanitos? —reclamó.

—¿Qué rabanitos? —replicó Ramsay, reticente. Los rabanitos rehuyeron rugir más y se replantaron en sus hileras de matorrales.

—Me llamo Rillah —dijo la niña—. Te reconozco: Ramsay el Rebelde.

—¿Me reconoces? —receló Ramsay.

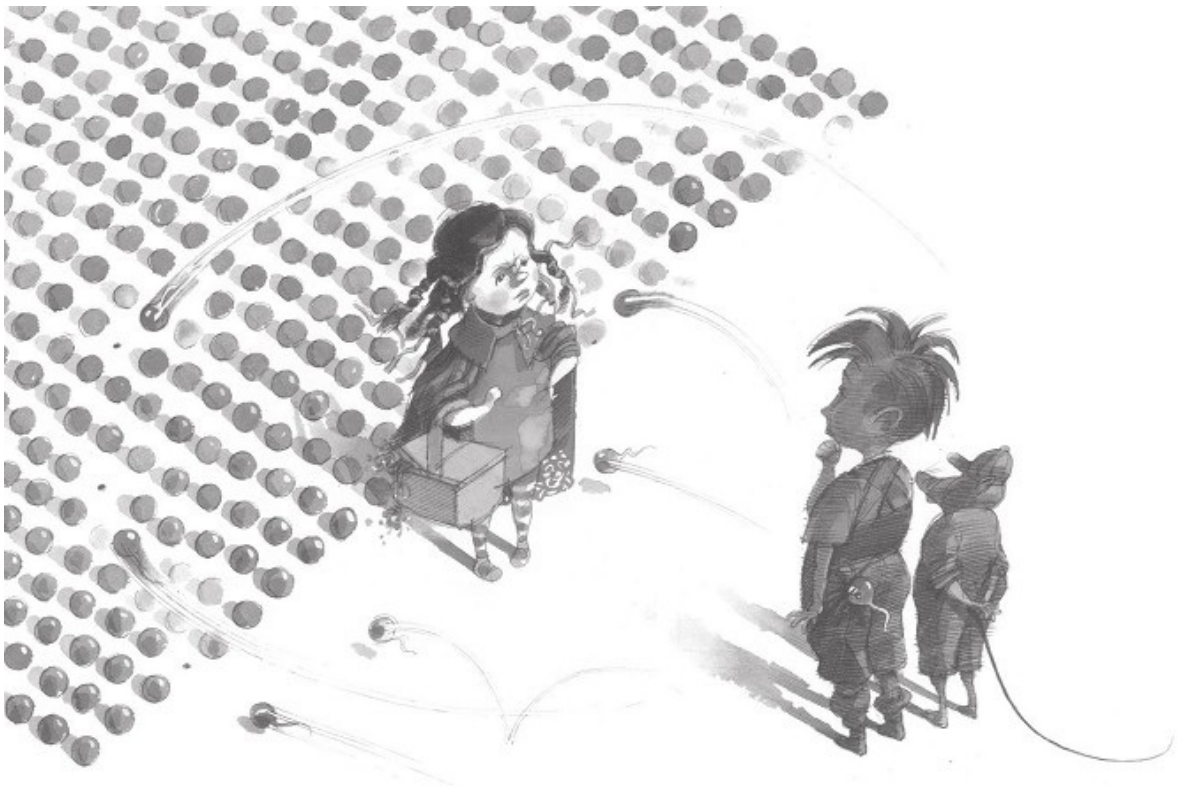
—Tu reputación te precede hasta lo más remoto. Con frecuencia oigo a tu repugnante familia repetir esta murga: «Ramsay, el ridículo pelirrojo rijoso». ¿Quieres un rosco? —Y le ofreció un surtido de roscos de su receptáculo.

Ramsay y Ralph agarraron tres roscos.

—¿Dónde resides? —preguntó Ralph.

—En la romántica y recientemente remodelada rectoría, la de la plaza redonda —respondió Rillah.

Ramsay recordó la rectoría. Era, reconozcámoslo, romántica. Estaba rodeada de rododendros, con grecas repletas de arbustos reptantes en radiantes arcos por las paredes.



—Tienes que ser realmente rica —remarcó Ramsay reticente, recordando su propia ruinosa residencia, su ropa desgarrada y sus deportivas rotas. Parecía un réprobo, un arrastrado, un rotundo fracasado. Sin duda, a Rillah le resultaría repelente. Nunca querría tener tratos con él. «¿Por qué Rillah no será una rata?», rogó.

—Recientemente tenía una cuenta de ahorro rebosante de rupias, pero la crisis ha recortado mis reservas —reflexionó Rillah—. Al revés que tú, que eres rebelde pero tienes familiares, aunque sean repugnantes, yo soy refinada, pero mi familia, por muy respetable que sea y riguroso que resulte su vestir, tiene un rostro pétreo.

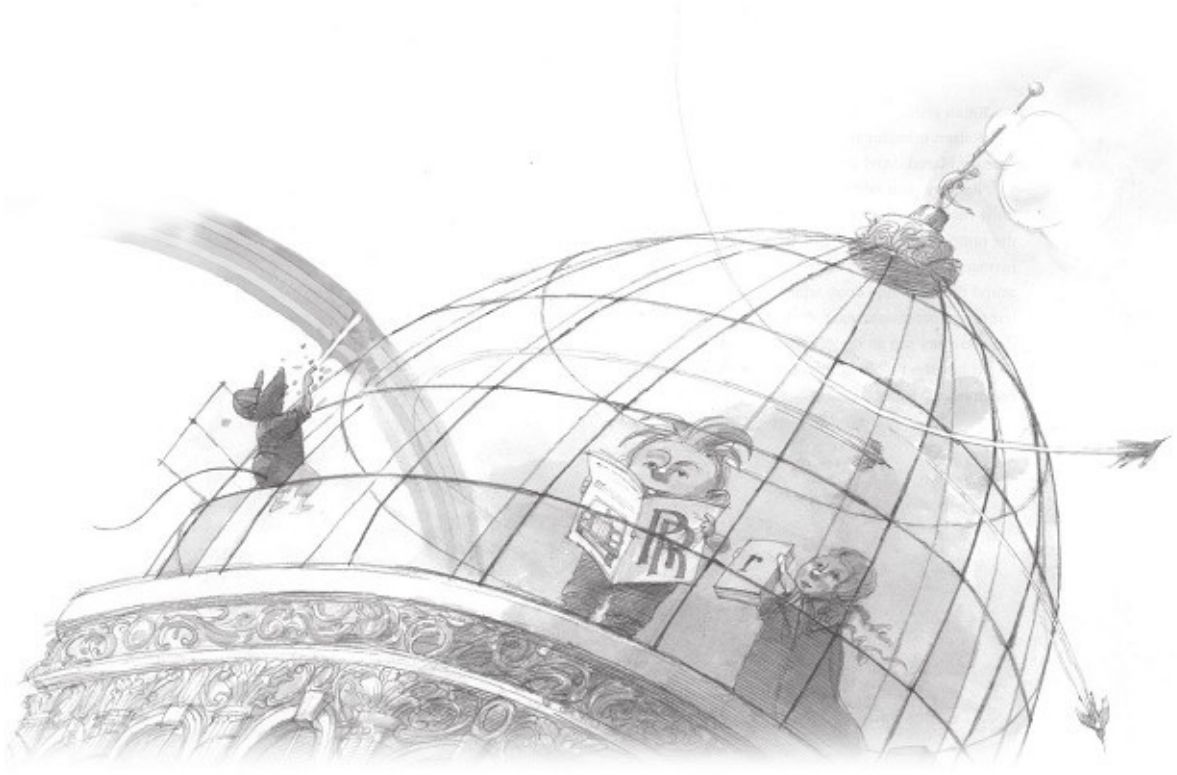
»Compraron una retahíla de Rolls-Royces, pero se retrasaron al pagarlos. Cuando los propietarios vinieron con rifles a recuperarlos, todos salieron corriendo, unos por carretera y otros por mar, sin mostrar remordimientos. Y a mí me han repudiado. Nadie me ha rescatado. Y para más inri me aburro mortalmente. —Una lágrima recorrió su rostro.

—¡Nada de tristes recuerdos! —propuso Ramsay, rubicundo—. ¡Recupera la risa! ¡Recorramos la rectoría!

Ramsay, Rillah y Ralph, la rata de morro rojo, corrieron por la romántica rectoría restaurada. Vieron la plaza redonda, en la que encontraron libros de robots y de romanos; una galería repleta de cuadros rococó fraudulentos realizados por profesionales sin escrúpulos, y por fin una bodega donde

reposaban valiosos licores, o al menos los que restaban tras la rapiña realizada por la familia poco respetable de Rillah. Por fin, alcanzaron el cuarto de recreo.

—Este es el cuarto de recreo —rememoró Rillah, triste—, aunque nunca lo he disfrutado. Mis familiares eran una ristra de criminales, pero demasiado refinados como para realizar celebraciones. ¡Ruego por algo de diversión!



—Tu ruego es mi resolución —respondió Ramsay respetuosamente—. ¡En marcha!

Y así, Ramsay, Rillah y Ralph, la rata de morro rojo, emprendieron el regreso a la rampa y de ahí a la residencia rectangular, donde los repugnantes familiares de Ramsay —Ron, Rollo y Ruby— se relajaban rellenos de ron en sus sillones reclinables mientras disfrutaban robustos ritmos de *reggae* y *rock and roll*.

—¿Preparada? —inquirió Ramsay. En el rostro de Rillah se dibujó una sonrisa gamberrilla. Y retronó—: ¡Los restos de reno son repugnantes, y Ron, Rollo y Ruby también! ¡Y vuestro *rock and roll* es ridículo!

—¡Ramsay, rebelde! ¡Rastrero! —Ron, Rollo y Ruby saltaron de sus sillones reclinables como cobras rubicundas y corrieron tras ellos. ¡Vaya lío de padre y muy señor mío! Ramsay trepó por la pared hasta alcanzar la azotea y rodó y rodó por la rampa, mientras sus repugnantes familiares le lanzaban

reglas, herramientas, relojes despertadores y hasta un armario ropero. Pero esta vez Ramsay corrió tan rápido que no recibió ni un rasguño.

Por fin, los repugnantes familiares perdieron el resuello y se derrumbaron sobre sus sillones reclinables.

—¡Oh, Ramsay! ¡Ha sido realmente divertido! —trinó Rillah—. ¡Serás rebelde, pero corres carreras con una rapidez que rezuma diversión!

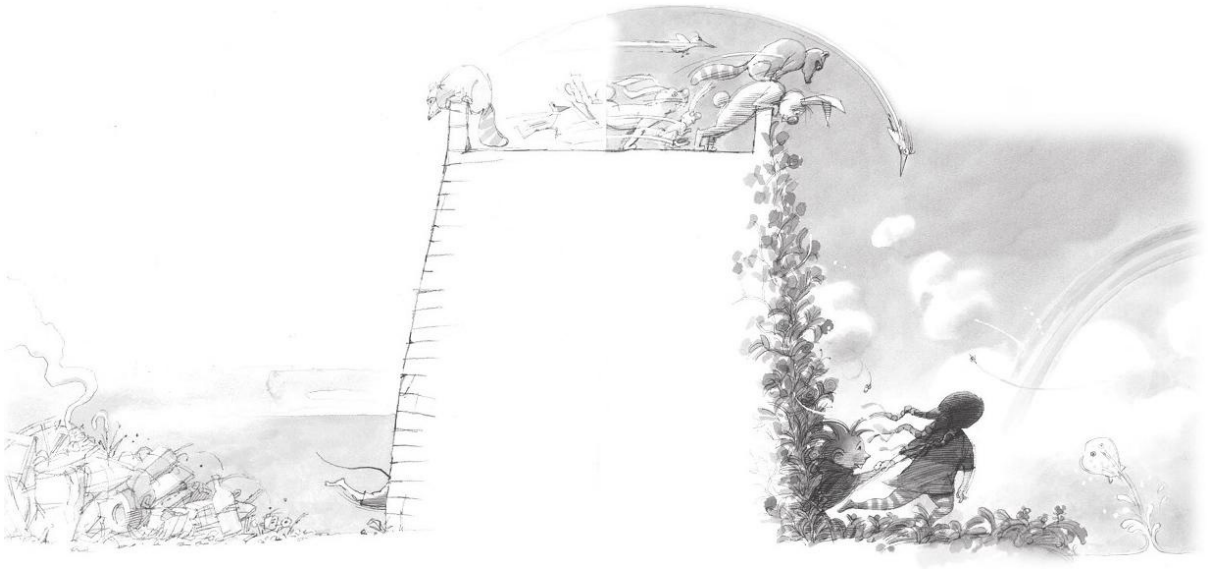
—Sería menos rebelde si viviera en la rectoría romántica, rodeado de rododendros —replicó Ramsay—, trasegando frambuesas y roscos en vez de rinoceronte y reno rancio.

—Cierto —respondió Rillah—. Y yo no estaría tan triste. Residir con un amigo resulta refrescante además de alegre.

—¿Te gustan las ratas? —preguntó Ramsay: se le ocurrió que no quería que con su nueva relación Ralph se sintiera repudiado.

—Pocas criaturas aprecio más que un roedor de morro rojo y rubicundo —razonó Rillah mientras le rascaba cariñosamente las orejas—. Y seguro que roerá los hierbajos que crecen en el terreno.

—¿Y los rabiosos rabanitos rugientes? —preguntó Ramsay—. ¡Me creen un criminal y me morderán hasta partirme en tres!



—En realidad no son rabanitos —replicó Rillah—. Son réplicas robóticas disfrazadas para repeler intrusos. Los reprogramaré para que no reaccionen ante vosotros.

Y así, mientras los zorros, las raposas, los ruiseñores y los rudos cuervos ruidosos que residían en la rampa de la residencia vitoreaban, Ramsay, Rillah y Ralph, la rata de morro rojo, se asomaron por la ratonera…

… y corrieron alegres por entre las rosas, el río ronroneante y el arcoíris radiante.

FIN

«La prosa de Atwood es a
la vez divertida y reveladora
en su uso de un rico
vocabulario».

Kirkus Reviews

«El juego que hace Atwood
con la aliteración es una
absoluta delicia».

CM Magazine

«Tres cuentos imaginativos
y especiales».

Publishers Weekly

MARGARET ELEANOR ATWOOD (Ottawa, 18 de noviembre de 1939) es una prolífica poeta, novelista, crítica literaria, profesora y activista política canadiense. Es miembro del organismo de derechos humanos Amnistía Internacional y una de las personas que presiden Bird Life International, en defensa de las aves. En la actualidad divide su tiempo entre Toronto y Pelee Island, en Ontario.

Es la segunda de los tres hijos de Carl Edmund Atwood, zoólogo, y Margaret Dorothy William, nutricionista. Debido a la investigación que llevaba a cabo su padre sobre entomología forestal, Atwood pasó gran parte de su infancia entre el norte de Quebec, Ottawa y Toronto. Pronto se convirtió en una ávida lectora de todo tipo de literatura, desde novelas de misterio, hasta cuentos de los hermanos Grimm, historias sobre Canadá y cómics. Fue al instituto en Leaside, Toronto.

Atwood empezó a escribir a los 16 años. En 1957 inició sus estudios universitarios en la Victoria University de Toronto. Tuvo como profesores a Jay Macpherson y Northrop Frye, que encaminaron su poesía inicial (Double Persephone) hacia el tema de los mitos y los arquetipos. Se graduó en 1961 como licenciada en filología inglesa, con estudios también de francés y filosofía. En 1968, se casó con Jim Polk, de quien se divorció en 1973. Luego, contrajo matrimonio con el novelista Graeme Gibson, con quien se mudó a

Ontario, al norte de Toronto. En 1976 tuvieron a su hija Eleanor Jess Atwood Gibson. Volvió a Toronto en 1980.

DUŠAN PETRIČIĆ ha ilustrado más de una veintena de libros para niños y ha obtenido numerosos premios. Ha sido profesor de ilustración y de diseño de libros, y su trabajo apareció durante años en el *New York Times*, el *Scientific American*, el *Wall Street Journal* y el *Toronto Star*. Sigue trabajando como caricaturista político. Vive en Belgrado y Toronto.